

ra, levantaron á su general, y se unieron á su derredor con entusiasmo.

—¿Por qué huyen vdes.? ¿No estábamos ya fuera de peligro?

El virey Venegas conoció la superioridad temible del nuevo campeón que saltaba á la arena, y mandó numerosas fuerzas para que lo persiguiesen; pero como la relación minuciosa de sus encuentros y victorias no es de mi objeto, ni posible de reducirse á los límites de un artículo, dejo al exacto biógrafo tan preciosos materiales, para elevar una sublime columna de honor á su héroe, mientras yo cambiando las decoraciones de mi teatro, traslado la escena al frente de Tixtla, ocupada entonces por los comandantes españoles *Cosío* y *Guevara*.

Brillaba la feliz aurora del 12 de Agosto de 1811; el alegre toque de diana despertaba al soldado, para que realizase sus sueños bellicosos; el cañonazo de saludo era como el himno á la salida del sol, y el ruido de las armas, el relinchar de los caballos y todos los aprestos militares indicaban la proximidad de la batalla.

El sol doraba el campanario del pueblo de Tixtla, coronado de tropas realistas y fortificado, lo mismo que la plaza del *Calvario*, que dejaba ver de trecho en trecho en sus reforzadas trincheras apretada la gruesa artillería.

Pero el humilde cura de *Caracuaro*, aquel hombre oscuro y sin carrera, había desplegado su vuelo de relámpago, y era el general adulto, por la victoria, y había caminado desde la ardiente costa de Acapulco hasta Tixtla bajo un dosel de laureles; sus criados que eran entonces toda su compañía, se habían tornado en un ejército respetable, valiente y moralizado, y en su derredor levantaban sus frentes los Galeanos, los Matamoros y los Bravos.

Este incidente influyó no poco en aquella acción; los realistas se defendían con despecho; el sol estaba al ocultarse, suspendido en el borde del horizonte, cuando una llama cárdena penetró entre el torbellino de humo, y gritaron: ¡¡quemazon!

Efectivamente, comenzaron á arder las principales casas del pueblo, crujían las vigas, y de tiempo en tiempo se desplomaban los techos, cesando las llamas para preparar deshechos serpeando en las paredes y levantarse terribles.

La confusión no tuvo límites, los lloros de los niños, los alaridos espantosos de las mugeres.

Los realistas desparatados refugiáronse en la parroquia, sonaron las campanas, y el cura de ella, agente servilísimo de los españoles, se presentó en la puerta de la iglesia: Morelos le mandó que se retirase, y no perdió momento en reparar las fortificaciones, previendo que podía ser hostilizada aquella plaza.

y surcaban las ráfagas de fuego de las descargas, y las llamaradas del cañón, aquel humo negro, y amarillento por el resplandor vivísimo del sol.

Defendiáanse los realistas con una intrepidez increíble; con encarnizamiento combatían los insurgentes: retemblaba el suelo al estampido de los cañones, y los ecos de la música marcial encardecían las almas y levantaban clamores entusiastas, entre los que se percibían el resollar de los caballos fatigados ó el gemir doliente de los moribundos.

Se alzaba la llama del cañón en un punto comprometido! Alumbraba la frente impenetrable de Morelos que alentaba á sus compañeros. ¡Retumbaba un acento en medio de la mas empuñada refriega! Era la voz de Morelos.

¡Cundían en el aire mil vivas alegres! Era la presencia de su general, á quien lo saludaban como á un Dios, con ternura, con la seguridad de vencedores.

El combate se prolongaba, manteniéndose indeciso hasta mas de la mitad del día, aunque el esfuerzo no minoraba: en las tropas insurgentes se comenzó á notar la escasez de parque que se hizo muy sensible á la caída de la tarde; en estas circunstancias empeñose una vivísima lucha en una batería enemiga, se distinguió allí por su arrojo temerario un joven moreno de ojos rasgados y vivísimos, y que reía en medio del asalto, dejando ver su dentadura blanquísima.

El muchacho alegre, insolente, todo lo animaba, y su alborozo inspiraba ardimiento y placer; de repente desaparece de entre sus compañeros, deslízase arrastrándose como una serpiente bajo la cureña contraria, y al ir á dar fuego un arillero, dispárale un tiro, apoderase del cañón, levanta en sus manos un saco de pólvora, y lleno de gozo les grita á sus amigos.—¡Ya tenemos parque!

Este incidente influyó no poco en aquella acción; los realistas se defendían con despecho; el sol estaba al ocultarse, suspendido en el borde del horizonte, cuando una llama cárdena penetró entre el torbellino de humo, y gritaron: ¡¡quemazon!

Efectivamente, comenzaron á arder las principales casas del pueblo, crujían las vigas, y de tiempo en tiempo se desplomaban los techos, cesando las llamas para preparar deshechos serpeando en las paredes y levantarse terribles.

La confusión no tuvo límites, los lloros de los niños, los alaridos espantosos de las mugeres. Los realistas desparatados refugiáronse en la parroquia, sonaron las campanas, y el cura de ella, agente servilísimo de los españoles, se presentó en la puerta de la iglesia: Morelos le mandó que se retirase, y no perdió momento en reparar las fortificaciones, previendo que podía ser hostilizada aquella plaza.

Después de dejar guarnecido el pueblo con 104 hombres al mando del intrépido Galeana, pasó Morelos á Chilpancingo donde se solemnizó con diversiones públicas la Asunción de Nuestra Señora, patrona de aquel pueblo.

En el mismo día se supo en Chilapa, cuartel general de los españoles Fuentes y Recacho, la salida del Sr. Morelos, y la falta completa de parque de los de Tixtla.

Fuentes tomó su marcha, y penetró con aire triunfal por algunas calles del pueblo; pero al llegar á las trincheras de la plaza, encontró una resistencia que no esperaba.

En medio de las diversiones dieron á Morelos esta noticia en Chilpancingo, y le pedían parque con suma urgencia; pero aunque en aquel pueblo había una fábrica de pólvora, estaba húmeda é inservible; Morelos dijo al correo que al otro día haría una visita á Galeana, que lo esperase por Cuauhtlapa.

En efecto, la mañana siguiente en medio de las empuñadas de tiro, y cuando entreveían los españoles insolentes una victoria, suena repique á vuelo en la parroquia de Tixtla, los realistas lo interpretan como un ardid, para excitar al entusiasmo insurgente, y casi tocaban con la mano las trincheras, preguntando con moña si estaban locos, cuando el cañón Niño tronó á sus espaldas en una altura.

Volvieron el rostro y vieron al Sr. Morelos con el lanzafuego aun en la mano, porque él había disparado tiro tan certero.

Los soldados insurgentes respiraron aquel aire de victoria que rodeaba á Morelos: los vivos llenaron el viento; las músicas y el repique alegraban las almas; quisieron los realistas formar cuadro; pero saltando la trinchera entre una nube de humo, y blandiendo su lanza Galeana, se arrojó entre ellos, los desordenó violento como el rayo; acudieron sus fieles soldados, y los lanceros impetuosos de Morelos, y entonces la derrota fué completa y la carnicería horrible: quedaron en el campo lagos de sangre; corrían al acaso caballos sin ginetes, y veíanse revolver los heridos en el suelo; hicieron los insurgentes cerca de ochocientos prisioneros, doscientos muertos, recogiendo ademá equipages, municiones y víveres. Nada faltó para hacer brillante esta victoria, ni la muerte de un traidor, porque fué cogido prisionero Gago el de Acapulco, y mandado fusilar al instante.

En la noche de ese día dictaba Morelos á su secretario una carta dirigida á Rayón, en la cual entre otras cosas le decía:

Hasta esta fecha, 16 de Agosto de 1811, he tenido veintiseis batallas, ventidos ganadas completamente, y en cuatro hice una retirada honrosa.

Lejos de envanecerse con una carrera triun-

fal magnífica y feliz, que hacia ondear el pabellón insurgente en casi todos los puntos del Sur de la provincia de México, con un ejército que lo adoraba como á un padre, y con un prestigio robusto y prepotente, manifestó en la administración civil un juicio y un talento admirables (1); su primer principio fué no hacer variación ninguna en el estado de las cosas, limitándose á remover las personas que no le inspiraban confianza, para lo cual nombró intendentes y subdelegados; pero la administración de justicia y la de hacienda continuaron en los términos establecidos por las leyes, sin permitir que los comandantes se arrojasen ni la una ni la otra, como sucedía frecuentemente entre los gefes insurgentes que no estaban bajo sus órdenes; tampoco se permitió á los gefes militares imponer contribuciones, ni molestar los habitantes con vejaciones arbitrarias, tan comunes en otras partes, y que habían hecho odiosa la insurrección.

La junta de Zitácuaro entendía inmaturamente en el sistema político, en los momentos que se disputaba palmo á palmo el terreno, y cuando no había aun nación de que fuesen representantes aquellos miembros.

Desaba el Sr. Morelos el establecimiento de un gobierno; pero lejos de convertirse en intérprete arbitrario de la voluntad nacional, quería que fuese esta declaración obra del pueblo, cuya soberanía reconocía.

Rehusó reconocer el título hipócrita que tomó la junta de Zitácuaro, de representante de Fernando VII; y aunque esto se quería pasar como medida de convención y de una política sagaz, el Sr. Morelos no quiso que aquel cuerpo tuviera otros títulos que los que le otorgase la espontánea voluntad de los pueblos en el goce de sus derechos.

Estos rasgos pintan el instinto de la política verdadera, como agente de la felicidad común, y no como el arte de la supcherchería y del engaño. En nuestros tiempos hemos visto muchos sucesores aadaces de las pitonisas de la antigüedad que quieren interpretar los oráculos de su divinidad, el pueblo, en quien no creen mas que cuando los incensa, ó se deja alucinar con sus doctrinas.

Grande para mí sería poderme detener en la relación de las victorias del Sr. Morelos, que sucedieron á las de Tixtla.

Chautla, Izúcar, Tenancingo y otros pueblos aclamaron su nombre victorioso, lo vieron terrible en medio del calor de la batalla, lo admiraron en el campo de Tenancingo, enfermo, sobre una caja de guerra, en medio de las balas, dando sus órdenes tranquilo y risueño, como si asistiese á un festín; allí tambien lo vieron par-

(1) Mora, Tom. 4.º págs. 307 y 8.

tir su alimento con el soldado indio, que abría su corazón salvaje y oprimido al rocío de una amistad generosa y franca.

Pero ha llegado Morelos á Cuautla de Amilpas; y quiero descansar con mis lectores, mientras la pluma fácil del Sr. Mora (1) nos describe aquel lugar, donde germinaron tantas hazañas.

«La población está formada sobre un terreno de poca elevación, que domina las cercanías á considerables distancias, y á las inmediaciones de la línea interior en que terminan las casas, se hallan grandes plantíos de plátanos y arboledas espesas; su mayor estension es de Norte á Sur en poco mas de media legua, y su anchura de Este á Oeste no escede de un cuarto de legua. En la parte del Oeste corre de Norte á Sur una atarjea de mamostera, de vara y media de espesor, que va gradualmente elevándose de doce á catorce varas, y termina en la hacienda de Buenavista: entre el pueblo y las lomas de Zaatepee, que se hallan al Este, corre el río cuya caja es de mas de doscientas varas; pero encaja corriente, aunque abundante y rápida, no ocupa por lo comun sino una parte muy corta, ciñéndose á un canal de doce á quince varas.»

En los primeros dias de Febrero de 1812, salió de Mexico D. Felix María Calleja con direccion á Cuautla, al frente de un ejército que habia llenado de terror el Bajío: el 18 dejó el campo de Pasulco, con el objeto de reconocer á Cuautla, y el 19 formalizó su primera tentativa de asalto.

Desde una altura percibió el ejército el general Morelos, que practicaba festivo con sus oficiales.

«Está vd. cierto de lo que me dice, curita? Dirigía esta pregunta á un hombrecillo de mediana estatura, rubio, picado de viruelas, y con unos ojos azules llenos de viveza y espresion: era Matamoros.»

«¿Cómo si estoy cierto? Son mas de ocho mil hombres; uno á uno no hemos de dejar ninguno, y si no, permítame vd. que les vaya á saludar, ¡por vida de...!»

«Coronel Guardar vd. sus bríos para Buenavista, y cuidado con el nombre: no hay que cegarse por nada de esta vida. ¡Y dígame vd., Sr. Galeana, San Diego que tal está de fortificado? porque lo que de noche se hace...»

«Es cierto, señor, se trabajó toda la noche; pero no por eso está mal.»

«¡Hola! ¡Hola! Vean vds., dijo con interes Morelos, parece que tiene mucha prisa de saludarnos Calleja: forzoso será dar nuestras órdenes para recibirlo. ¡Mi escolta! ¡Dragon, acerca mi caballo!»

Galeana se puso al paso del general, y aunque dócil y tímido en su trato, le rogó encare-

cidamente no se aventurase en un reconocimiento imprudente.

«Déjeme vd. [1], Galeana, solo voy al Cuartito á reconocer con mi antejo al enemigo.

«Acompañaré á vd., mi general, replicó el valiente.

«No, no es necesario; voy de paseo.

Y el invencible Galeana se mordió en silencio los labios, y pesaroso vió alejar á su amado general al frente de su escolta.

«Está visto, dijo casi con las lágrimas en los ojos y sin perderlo de vista, va á ser una de las suyas; ¡y estar yo aquí!»

«¡Hola! Señor oficial, continuó, mande vd. poner al momento vigias en las torres que observen al general.

Pasébase inquieto Galeana cerca de su caballo, reprimiendo sus tentaciones de montarlo, y acariciando su erin negra como el ébano.

Oyóse de repente el fragor de la artillería, que desde antes habia emboscado Calleja á los lados del camino: espantados los vigias de las torres, gritan: «que nos cogen al general.» y Galeana en su corcel, rápido como la voluntad de Dios, desapareció al socorro de su gefe.

Entre tanto, al rededor de Morelos se habia agrupado la fuerza enemiga, la sorpresa y la lluvia de balas dispersaron su escolta, no quedando sino muy pocos á su lado: junto de él acababa de caer, acribillado de heridas, un soldado querido: se revolvió en un círculo de enemigos como un leon cercado de diestros cazadores; pero se hacia campo con sus armas, disparando sus pistolas á los que mas de cerca lo seguian, y sin perder su gravedad magestosa y tranquila. «Muchachos, decía con flemas, no corran, que las balas no se ven por la espalda (2).»

«Mi general, mi general, salvémosnos, corramos, mi general.

«Mas honroso es morir matando, que entrar en Cuautla corriendo.

«Avancémos, mi general.

«Este es el paso de mi caballo, el que quiera que lo siga.

Los realistas creían tener su presa entre las manos, anticipaban gritos de contento y redoblaban su esfuerzo.

Mientras en el campo de Morelos cundía la confusion y se propagaba la alarma, en los momentos mas desesperados apareció el acero invencible de Galeana y de sus arrojados costeros: como el huracan dispersa las arenas, ahuyentó á los que cercaban á Morelos: los soldados se encarnizaron al estremo de arrojar las armas de fuego para combatir con sus machetes.

El ejército, despues de recobrado su general,

Bustamante, Cuadro histórico, carta 4.^a, pág. 2.^a.

(2) Bustamante, id. id. id.

loraba de gozo, y Galeana con la risa en los labios y las lágrimas en los ojos, no cesaba de abrazar á su general, haciéndole al mismo tiempo cariñosas reconvencciones por su arrojo, y sobre todo, porque no lo habia llevado consigo.

Al siguiente dia, el ataque fué mas formal: Calleja marchaba á la retaguardia de su ejército en un coche, seguro de su triunfo; penetraron los realistas por la calle Real, la artillería y la infantería redoblaban sus tiros, cubriase los contendientes con una nube espesísima de humo, poniéndose á medio tiro de la trinchera de la plaza de San Diego.

El coronel que mandaba aquella seccion percibió á Galeana, sublime y terrible como era siempre en medio del combate, y dejando oír su voz entre el estruendo de las armas, le gritó desprendiéndose de sus filias:

«¡Ah infame! Sal, que á tí te buscaba.

Galeana estaba á su frente. Disparóle el español una pistola, sonrió Galeana, apuntó al insultante coronel, y cayó en tierra.

«Era valiente, dijo Calleja; y lo condujo en sus brazos dentro de la trinchera para que le ministrasen los auxilios divinos.

La tropa realista seguia enfurecida su lucha; penetró por el interior de las casas barrenándolas para comunicarse por este medio: las familias se arrodillaban desparvoridas ante la soldadesca ciega, y se multiplicaban escenas que desgarraban el corazón.

Un malvado propagó dentro del campo insurgente la voz de que Galeana habia perdido la plaza; cundió el desaliento, quedó la batería de San Diego casi solitaria, y solo un jovencillo oscuro estaba junto á la artillería. Aprovechándose de su desamparo un dragon, le hirió en un brazo; derribado el jóven, dejando un rastro de sangre en el suelo en que se arrastraba, y alzándose con dificultad, prendió fuego al cañon, contentiéndose al enemigo que avanzaba sobre la batería.

Quedaron en el campo como 400 cadáveres, y muchos fusiles que recogieron los insurgentes.

«El dia 20 de Febrero de 1812 remitió Calleja al virey el estado de muertos, heridos, contusos, estraviados en la accion del dia anterior, en los términos siguientes (1).

Oficiales muertos, 4.—Heridos, 7.—Contusos, 11.

Muertos de tropa, 15.—Heridos de tropa, 55.

Heridos levemente, 40.—Contusos de tropa, 43.—Estraviados, 3.

Mas en el oficio ó parte de 21 del mismo mes, se espresa asi:

«Yo me encuentro embarazado con mas de 200 heridos y enfermos mal asistidos, que dudo si los remitiré á Ozumba, desde donde por Chal-

(1) Bustamante, Campañas de Calleja, pág. 173. Tomo II.—vii.

co podrán con menos incomodidad dirigirse á esa, ó si me sitúan en alguna hacienda inmediata por no esponderlo á que el camino los empeore.»

El dia 5 de Marzo (2) Calleja comenzó formalmente el sitio, pronosticando que no dejaría piedra sobre piedra de la población rebelde, y creyendo fácil de realizar sus proyectos esterminadores en poco mas de ocho dias. Aunque en lo público se menta oficialmente, escagerrando los triunfos de los realistas, y pintando Cuautla como un sitio sin importancia, muy fácil de someterse á la obediencia, sofocando así la revolucion en el Sur de Mexico, la correspondencia reservada entre el comandante en gefe y el virey era amarga, y en sus groseras contradicciones realizaba los talentos de Morelos, presentándolo realmente como un enemigo astuto y formidable.

Los disgustos entre Calleja y Venegas habian llegado á conocimiento del público, debilitando la opinion entre los realistas mismos, y siendo eficaz agente del prestigio del general Morelos.

Desaba Venegas que en un asalto y por la fuerza de las armas, se terminase una lucha que tenia despierta la atencion; y Calleja por su parte rehusaba aventurar en un ataque la nombradía adquirida en sus anteriores campañas. Veía uno la exigencia del asalto como una venganza, y el otro interpretaba las demoras del sitio como ineptitud y cobardía.

No obstante, se prologaron á Calleja los recursos, situándose en Chalco tropas suficientes para mantener franca la comunicacion con Mexico.

Entre tanto, el general Morelos en su terreno sumamente abierto con sus reducidas fuerzas, y sin mas recursos que su ingenio y su inflexible constancia, recurria á sus inspiraciones, y todo lo creaba para resistir al enemigo.

Se provuyó de víveres, improvisó trincheras, estableció relaciones con algunas de sus partidas errantes para interceptar las comunicaciones del gobierno y proporcionarse recursos, y suplió su talento inagotable las faltas todas que se notaban.

Ya como guerrero, el primero en el campo, su huella seguian á sus soldados á combatir; ya como general astuto, entablaba negociaciones con los descontentos para imponerse de cuanto le convenia; ya por último, alegre compartia con sus oficiales sus alimentos, dándoles ejemplo con una conducta intachable.

Celebraba con recogio y hacia publicar las acciones heroicas de sus soldados, fomentaba el contento con diversiones que daban testimonio de su desprecio al enemigo, y muchas veces al retumbar el cañon y al rasgar los aires las bom-

(2) Mora dice que el dia 7 se comenzó á formar, pág. 245, tom. 4.º—Yo sigo al Sr. Bustamante, carta 4.^a Pág. 11.

bas, triscaba con sus amigos en festivas jamaicas, llenando el aire las músicas militares.

Imposible es seguir la detenida relación de un asedio que duró sesenta y tres días, marcado cada sol con mil hazafías dignas de renombre: este asedio forma por sí solo la epopeya sublime de la existencia de Morelos, y el panegírico completo de sus ilustres generales, es el episodio más bello de la guerra de la independencia y el orgullo de nuestros recuerdos nacionales.

Combatir día á día, momento á momento, contra fuerzas siete veces superiores, con la agonía de la sed y del hambre, con el azote de una epidemia destructora, y encontrar para todo recurso, y convertir en un festín el teatro de la muerte; hechos son estos que escritos en otro idioma y oídos por otros hombres menos indolentes que los de México, pasarían tradicionales á las generaciones futuras, cada vez con más lustre y encanto.

Passaré en silencio, el recobro del agua por el impetuoso Galeana, construyendo entre una lluvia de balas un fortín para impedir que la cortasen.

No mencionaré el ardid del capitán Anzures en medio de la noche, tocando con un tambor por diversos puntos á degüello, desconcertando así una vil traición, y convirtiéndola en perjuicio de los realistas, que engañados se destruyeron mutuamente.

Mientras las numerosas huestes de Calleja, reducidas al último extremo, aun insultaban con desprecio á los insurgentes en medio de la consternación mas sombría; así se expresa este general mismo hablando de los sitiados (1).

“Si la constancia y actividad de los defensores de Cuautla, fuese con moralidad y dirigida á una justa causa, merecería algún día un lugar distinguido en la historia.

“Estrechados por nuestras tropas, y afligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos, entierran sus cadáveres con repiques, en celebridad de su muerte gloriosa, y festejan con algazara y bailes el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito, imponiendo pena de la vida al que hable de desgracias y de rendición. Este clérigo es un segundo Mahoma, &c.”

Las víctimas de la peste, en el campo americano, eran numerosísimas, y los horrores del hambre se hacían palpables de día en día; pero á aquel ejército de hierro nada lo desalentaba, renunciando su vigor del fondo mismo de sus calamidades.

Resolviéndose, pues, Morelos á dar un ataque decisivo á las baterías del Calvario, que estaban al mando del brigadier Llano; distrajo la atención del enemigo por varios puntos donde tenía

repartida su fuerza. Lanzaron sobre el baluarte de dicho, granadas de mano, y reforzando la tropa que mandaba Morelos en persona, los valientes de Galeana, tomaron la artillería y los obuses de Llano.

Esta victoria no fué sin embargo de importantes consecuencias, porque los soldados por apoderarse de los viveres se distrajeron en el seguimiento del enemigo.

La dilación del sitio, las prevenencias de Calleja, y las simpatías que se había creado Morelos en la capital misma, tenían en graves conflictos al gobierno español, que herido en lo mas vivo su nombre y poder, veía prolongar sin esperanza una lucha en que se encontraba altamente comprometida su existencia.

Recurrió Calleja entonces al halago y á las promesas de indulto; al efecto, el 30 de Abril hizo señas y condujo el alférez Calapiz al campo insurgente, indulto para Morelos, Galeana y Bravo. El primero recibió el papel, y sin vacilar escribió en su reverso: “Otorgo igual gracia á Calleja y los suyos.”

La situación de Calleja llegó á ser tan comprometida, que el 2 de Mayo decía al virey oficialmente:

“Esmo. Sr.—Conviené mucho que el ejército salga de este infernal país lo mas pronto posible; y por lo que respecta á mi salud, se halla en tal estado de decadencia, que si no lo acudo en el corto término que ella puede darme, llegarán tarde todos los auxilios.—V. E. se servirá decirme en contestación lo que deba hacer.—Dios &c.—Campo sobre Cuautla, Mayo 2 de 1812.—A las cuatro y media de la mañana (2).”

Decidióse, por fin, Morelos á evacuar Cuautla, y una noche de los primeros días de Mayo, á la luz de la luna, comenzó á salir en buen orden y con las precauciones debidas el reducido ejército, por el baluarte del Agua, en medio del Calvario y Amelcingo. Galeana ocupaba la vanguardia, entre ésta y el centro iba el general Morelos, mandando la retaguardia el capitán Anzures, de quien hemos hablado.

Muchos de los vecinos de Cuautla se unieron al ejército: había avanzado este un largo trecho, cuando resonó el ¡quién vive! de un centinela realista; Galeana le contestó con la muerte; pero entonces se hizo la alarma general, y el fuego se rompió por todas partes. Los gritos de; *Viva nuestra Señora de Guadalupe! Viva la América!* fueron la señal del combate, que se empezó con encarnizamiento; no obstante, el ejército insurgente verificó una retirada lenta y honrosa, retirada que equivalió á una victoria, segun conceptuó á los americanos.

Hé aquí el rápido bosquejo del célebre sitio de Cuautla: en él gastó el gobierno español

1.700.000 pesos, sacrificando lo mas florido de su tropa, menoscabando estraordinariamente su opinion. El sitio de Cuautla fué el sepulcro de la reputación de Calleja.

Así se expresa Zavala (1) hablando de Morelos despues del sitio.

“La fama del héroe se llevó entonces hasta las estrellas un entusiasmo que ocupaba los espíritus de los criollos. En México mismo se cantaban los elogios del campeón nacional, y su nombre ya era una señal de triunfo para los mexicanos.”

Despues de la salida de Morelos de Cuautla, Huajuapán, Tehuacan, Orizava y otros varios pueblos aclamaron sus armas victoriosas. En este momento llama nuestra atención una tienda de campaña situada en la villa de Etla, cerca de Oajaca.

Era el 24 de Noviembre de 1812: la tropa que rodeaba la tienda de campaña, aun no reposaba de las fatigas de un camino fragoso y despoblado.

En el interior de la tienda habia algunas piedras que servian de asientos á varios oficiales, muchos bultos de equipaje esparcidos sin orden, y algunos asistentes en un estremo disponiendo la cena.

Morelos dictaba á un oficial sus órdenes; todos lo escuchaban en silencio.

—Señor amanuense, haga vd. saber á los señores: la orden del día. El escribiente leyó.

—A *cuartelarse en Oajaca.*

Todos hicieron un movimiento de sorpresa; Oajaca estaba al mando del teniente general Gonzalez Saravia, perfectamente parapetada y defendida por un ejército valiente y numeroso; la tropa de Morelos acababa de llegar, sufriendo las fatigas de un viage penoso; en su mayor parte estaba desnuda y hambrienta.

—No dirán vdes., señores, dijo Morelos á sus oficiales, que no les busco para mañana mejor alojamiento.

—Bien, bien, mi general, veremos al famoso coronel Saravia, en esa puerta de la Soledad.

—Firme el pulso mañana, señor colegial: vd. va á mandar la artillería.

—No hay cuidado, señor; aqui con mi lápiz estaba mapeando el terreno.

—Bien me parece, señor Teran.—¡Y vd., señor Galeana, dónde trae el mapa!

—Ahí lo formarán, señor, los cuerpos de los *gachupines* que deje tendidos.

—Eso es pedirme la vanguardia; se la doy á vd.

—El señor Bravo el centro.

—Y yo me quedo mano sobre mano, mi general!

—Señor Matamoros, vd. manda la retaguardia, y la reserva yo: ven vdes. que soy el menos ambicioso.

Arduente es el sueño que antecede al combate. Al día siguiente, antes de las nueve de la mañana, todo estaba listo y en poder del gobernador Bonavia, una orden de puño de Morelos, intimando que se rindiese antes de dos horas.

La intimación fué despreciada, y entre los gritos de júbilo rompieron las músicas, y retumbó el cañon como el primer grito de muerte ó de victoria.

La artillería obraba prodigios; el jóven que la mandaba dirigía sus tiros certeros con el mejor éxito; Morelos lo admiraba regocijado de lejos con su anteojos; dejémosle noticiar sus triunfos á los que tiene á su lado.

—Perfectamente, señor, Teran tomó la puntería; ¡qué horror! ha caído un soldado junto á él; pero ni movió el pulso. —Temerario, ya hace trasportar á brazo el cañon de *Llano*. ¡Que viva! ¡Bien!... ahora corre por toda su línea, ya no lo percibo. —¡Maldita humareda! ¡Jesus!... es cierto, véanlo, véanlo... saltó al puente, se apoderó de él. Valiente jóven; tú serás la gloria de tu patria; ya avanzó. —¿Dónde está? Oigan el repique; ha entrado á la plaza. Muchachos, ¡viva Teran!!

—Asistentes, traigan aqui el almuerzo.

Esto lo decía bajo la granizada de balas del fortín de la Soledad, y en inminente riesgo; sin embargo, allí daba sus órdenes tranquilo, allí inspiraba su serenidad y ardimento.

Entre tanto el teniente coronel Victoria sostenía una encarnizada lucha del otro lado del foso, inmediato al juego de pelota; ya empeñado el tiroteó en las calles y plazas, envidiaba los triunfos de sus compañeros que amercaban los repiques del Cármen, Santo Domingo y San Diego; pero sus obstinados adversarios defendidos por el foso, le dirigían una granizada de balas y hacían replegar á sus soldados; rasgaban el aire las granadas y bombas en el agua del estenso foso caían á plomo los cadáveres, y como fieros caían á plomo los cadáveres, y como fieros caían á plomo los cadáveres, veían á sus enemigos que los burlaban con audacia.

—Aqui lo aguardamos, gritaron los enemigos realistas.

Entonces Victoria desmandando el acero les dijo: va mi espada en prendas, voy por ella; y en seguida se arrojó al foso.

A pocos momentos proclamaba la libertad sobre la muralla enemiga.

Teran, Galeana, Latios, Matamoros y Morelos mismo, habían penetrado en la ciudad, sosteniendo en cada calle un combate, disputándose palma á palma un terreno sembrado de cadáveres; el estrépito de las armas, el repique á vue-

(1) Bustamante, Cuadro histórico, carta 5.ª, pág. 7.ª

(2) Bustamante, Campañas de Calleja, pág. 173.

(1) Tom. 1.º pág. 71.

lo de las campanas, los gritos de vencedores y vencidos, la confusión, el tumulto, ofrecían cierto contraste con las puertas de las casas cerradas y con el aspecto lúgubre de la ciudad, que parecía esperar conternada la decisión de lucha tan sangrienta.

Nadie pudo contener los desmanes de la soldadesca victoriosa; entregóse al saqueo y al desorden: sobre el campo de muerte se entronizó la orgía. . . . Siguiéronse las represalias y castigos. . . . Cumpla el severo historiador con la dura ley de consignar estas manchas que afean la historia en el libro de la inmortalidad.

Una inmensa riqueza recogieron en Oajaca los insurgentes.

Morelos respetó al clero que lo había escarnecido: el obispo tuvo un único síntoma de talento en su vida, fugarse á la hora del peligro. Este hombre servil había descrito á Morelos con cuernos y cola como á los demonios de retablo. ¡Religion santal mas te han perjudicado! ministro como estos, que Lutero y Voltaire!

Morelos descansó de sus fatigas organizando nuevas fuerzas, vistiendo á sus soldados, creando una maestraza que dirigía D. Manuel Terán, y tratando de borrar los recuerdos de la pasada catástrofe, con diversiones públicas y actos benéficos, captándose en poco tiempo la voluntad general.

Habían transcurrido poco mas de dos años, desde que el humilde cura de Carácuaro, al frente de una fuerza reducida y bisoña, combatía por la primera vez en el Veladero con el ejército de D. Francisco Páris.

Era el día 26 de Marzo de 1813, cuando un ejército engrandecido y un general ídolo de su patria y mimado por la fortuna, se presentaba con sus huestes victoriosas en aquel mismo punto al que le puso por nombre con tanto donaire *Paso á la eternidad*, cuando apenas brillaba la aurora de su espléndido ingenio militar.

Preparó con detenido cálculo el ataque de la ciudad y fuerte de Acapulco: fué tomada la primera el 12 de Abril á las oraciones de la noche.

Intimóse la rendición del castillo, que estaba al mando de D. Pedro Velez, natural de la villa de Córdoba; pero este mexicano inflexible, manifestó la mas decidida resistencia.

La posición ventajosa que ocupaba, la abundancia de recursos que recibía por la isla de la *Roqueta*, distante dos leguas del fuerte, la retirada por mar, y la superioridad de sus armas, le daban si no certeza del triunfo, al menos esperanza de resistir cuanto fuese necesario para que lo auxiliasen con buen éxito las tropas realistas que enviase el gobierno.

Morelos, insagotable en concepciones felices, emprendió un sitio para él de un nuevo género,

hostilizando á los sitiados por mar y por tierra, sosteniendo rectos y continuados combates.

El invencible Galeana, aventurándose en una débil canoa, favorecido por las sombras de la noche, tomó la isla protectora de que hemos hablado; sin embargo, el ejército español persistió en la defensa del fuerte.

La dilatación de un asedio que afligía tanto á los sitiados como á los sitiadores, las enfermedades y la hambre que atormentaba á los insurgentes, decidieron á Morelos á volar el castillo, minando el terreno; pero estando para concluir esta operación, aventuró una última tentativa de asalto, en consideración á las familias inocentes que encerraba el castillo.

“El 17 de Agosto en la noche, dice el señor Morelos (1), determiné que el señor mariscal D. Hermenegildo Galeana, con una corta división ciñera el sitio hasta el foso, por el lado de los Hornos, á la derecha del castillo, y el siempre valeroso teniente coronel D. Felipe Gonzalez por la izquierda, venciendo éste los grandísimos obstáculos de profundos voladeros que caen al mar, rasando el pie de la muralla, y dominado del fusil y granadas que le disparaban en algun número. Superóse todo, no obstante la oscuridad de la noche y la dificultad del señor mariscal, de pasar dominado del cañon y de todos sus fuegos, sin mas muralla que su cuerpo, hasta encontrarse el uno con el otro, y sin mas novedad que un capitán y un soldado heridos de bala de fusil.”

Tan imponente maniobra ateró al enemigo, suspendió sus fuegos y pidió parlamento, que dió por resultado la completa rendición del castillo, despues de seis meses de resistencia.

Por aquellos dias se hicieron palpables las diferencias entre los vocales de la junta de Zitácuaro, Rayon, Verdusco y Liceaga, enconándose por momentos, y perjudicando notablemente la causa de la patria.

Para terminar tan odiosas diferencias, favorecido por la reciente victoria de Acapulco, creyó el señor Morelos llegado el tiempo de la reorganización de la propia junta, titulóla congreso, espidiendo al efecto formal convocatoria.

Aunque algunos han juzgado con sangrienta severidad la junta de Zitácuaro, como entorpecedora de las operaciones militares, y como ávida de la reasunción de los poderes, es innegable que contribuyó eficazmente á moralizar la revolución, que se dedicó á discutir los principios mas luminosos de libertad y de conveniencias políticas, que ramificó é hizo estensiva la revolución cuanto fué posible, y que bajo sus auspicios se dirigió la opinion pública por medio de la prensa, de la manera mas eficaz y honrosa para la nacion.

(1) Cuadro histórico, tom. 2.º, carta 35, pág. 6.

Antes de que se concediese en México la pasagera libertad de escribir, las brillantes plumas de Cos y de Quintana, discutían nuestros derechos, legalizaban nuestras causas, profundizaban cuestiones sublimes que vindicaban nuestro nombre en Europa, y creaban simpatías por nuestra causa.

El *Ilustrador americano*, debido á la ingeniosa imaginación de Cos, propagaba doctrinas llenas de buen juicio y claridad.

Por otra parte, los sucesos de España en aquella época, la atrevida discusión de los escritores europeos sobre los derechos del pueblo, y la lectura de las quejas de los diputados á las córtes españolas, sobre la conducta de nuestros dominadores, despertaban á México de un letargo en que había durado trescientos años.

En México mismo, el Lic. Bustamante y otros, ya con las festivas alusiones de la crítica, ya en escritos llenos de dignidad, combatían al poder al frente de su sólo, y en medio de peligros incalculables.

Cierto es que se ansiaba por las bases de un sistema que garantizase la existencia de la nacion independiente y libre; pero esto escisgia detenida meditacion, porque en tiempos de revueltas suele ser de funesta trascendencia toda ecaageración de principios.

La opinion de Zavala es, que el señor Morelos debió haberse restringido á fijar por sí mismo ciertos principios generales, que tuviesen por objeto asegurar garantías sociales, y una promesa solemne de un gobierno republicano representativo, cuando la nacion hubiese conquistado su independencia (1).

De todas maneras parece inmadura la instalación de un cuerpo que realmente no podia ni aun contar con el terreno en que queria deliberar nada menos que sobre la constitucion mexicana.

El congreso de Chilpancingo estuvo muy distante de ser un rebajón miserable de esclavos del poder militar; pero en cambio, si hemos de creer á Zavala, multiplicó de tal modo sus disposiciones impracticables, que hizo embarazosa la marcha de Morelos en los instantes que le era mas necesaria la concentracion del poder, para obrar rápido con arreglo á las exigencias del momento. Muchas veces las imaginaciones cesaltadas no calculan la distancia de las teorías á los hechos, y ya hemos visto sacrificada mas de una conveniencia pública, á un elegante giro oratorio ó al amor propio empuñado en una cuestion escolástica.

El congreso mismo parece convencido intimamente de estas verdades, pues en su reglamento redactado por una pluma que ha sido el escudo de la patria y la gloria de nuestra literatura,

(1) Tom. 1.º, pág. 79.

tura, mas bien se establecia la division de poderes, como una fórmula consecuente con los principios liberales y la civilización del mismo, reservando de hecho el ejercicio real del poder al señor Morelos.

Despues el congreso fué el receptáculo de quejas contra Morelos mismo, un recurso de insubordinacion, y un obstáculo de los planes militares.

Debo á la bondad de mi maestro y favorecedor, el Sr. Lic. D. Andrés Quintana Roo, el siguiente documento inédito, en que se queja el señor Morelos de la conducta observada por el congreso de Chilpancingo. Dice así:

“El reglamento bajo cuyo pié se regeneró nuestro gobierno y reinstaló el congreso, V. E. lo dictó. —Haga por su parte se cumpla, é influya todo lo posible, para que con la integridad que nos caracteriza se vaya reformando con la solemnidad de las actas, para que el pueblo no anule lo practicado, conforme al reglamento ó lo que se haga con este.—En el reglamento se queda el congreso de representantes con solo el poder legislativo, y en el día quiere ejercer los tres poderes, cosa que nunca llevará á bien la nacion. Aquel reglamento se publicó; varios ciudadanos tienen copia y saben quien fué su autor. ¿Cómo, pues, ha sido esta mutacion tan repentina? No hablo mas, porque á V. E. le toca, y hasta ahora no me ha manifestado su arrepentimiento ó nuevo descubrimiento. V. E., pues, tomará á su cargo la conferencia privada y particular con los compañeros, hasta allanar estos gravísimos inconvenientes.—No estoy tan ciego que no conozca necesita alguna reforma; pero ésta debe hacerse con la misma formalidad por actas discutidas, en las que sea oido el generalísimo, aquel á cuyas instancias se regeneró el gobierno. Dígame V. E. su sentir, para que no perdamos tiempo.—No sé cómo se asienta en el plan que quiere adaptar S. M., que los pueblos no quieren vales en cobro, pues con continuación están ocurriendo á esta superioridad; y ahora que estoy escribiendo ésta, acaba de llegar un memorial acerca de eso. Dios guarde á V. E. muchos años. Huacura, Mayo 18 de 1814.—*José María Morelos*.—Esmo. Sr. vocal, Lic. D. Andrés Quintana.”

Perdónesele esta cansada digresion sobre el congreso de Chilpancingo; y anudando el orden cronológico de los sucesos, acompañemos al general Morelos despues de asegurada la fortaleza de Acapulco, y dejar instalado el congreso, en medio del rejocío general, en 13 de Septiembre de 1813.

Dirigióse Morelos á Valladolid con su division, victoriosa; y aquí comienza la serie de sus desgracias, porque hay hombres que siguen la vida de los astros; llegan al zenit, hermosos y

radiantes, y no vuelven á adquirir su brillo sino pocos momentos antes de desaparecer á nuestros ojos.

El general vencedor en cien combates yace ahora sombrío y silencioso en una estancia de la hacienda de *Puruarán*; ha visto desaparecer á sus ojos lo mas florido de su ejército: á los que daba el título de compañeros y de amigos los vé en poder del bárbaro enemigo victoreando aun su nombre, y oye la mano de la guadaña de la fortuna inconstante, cavar el sepulcro de sus ilustres generales; pero nunca fué mas grande Morelos que visto á la luz livida de la adversidad.

Fué la batalla de Puruarán sangrienta, y mi pluma se resiste á describirla: el brillo del acero realista desapareció bajo la sangre americana: en lo mas rocio del choque vió Morelos caer de su caballo al general Matamoros, y cargó frenético para salvarlo; pero lo alejaron, y entonces una ligrima aislada surcó la mejilla, tostada por el sol de las victorias.

La conducta de Morelos se comentó desfavorablemente, porque la adversidad no tiene mas amigo que Dios.

Morelos descollaba en medio de su desgracia, como el cedro robusto que se salvó del incendio de la selva. El 5 de Febrero de 1814, con voz sosegada y entera, de entre las ruinas de su ejército y su gloria, dirigía al Sr. Quintana Roo la notable comunicacion que original se ha servido franquearme, y á la letra dice:

“Escmo. Sr.—Es preciso llevar con paciencia las adversidades. Acompaño á V. E. copia del oficio órden que despacho al coronel D. Victor Bravo para que mitigue en parte los cuidados, no porque yo sea capaz de quitarlos. Consultando á la mayor seguridad y economía, perderé mañana domingo en preparar los mejores lugares de Tepantitlan, para ocho y maestranza, pues no podemos estar otro dias sin estas oficinas: pero el lunes *Deo dante* seguiré á alcanzar el ejército, y á que nos veamos *quam primum*. El religioso, el mal religioso despachado por Calleja (1), merece acabar sus dias en una barlotina, privado absolutamente de la comunicacion aun de los pájaros. Yo encargo á V. E. esta privacion, para que no engañe á los simples. La premura del tiempo no me permite extenderme á mas; y si no fuera arrogancia, añadiría que AUN HA QUEDADO UN PEZAZO DE MORELOS Y DIOS ENTERO.—Dios guarde á V. E. muchos años. Tepe y Febrero 9 de 1814.—José María Morelos.—Escmo. Sr. Lic. D. Andrés Quintana Roo”

(1) Me han asegurado que este era un fraile agustino que iba al congreso de Chilpancingo, con el objeto de ofrecer indultos á sus miembros ó envencenar á los mas perjudiciales á la España; le cogieron al arriero con que debió haber perpetrado crimen tan atroz.—G. P.

En tropel acosaron las desgracias al ejército insurgente, y de abismo en abismo se iba precipitando á su esterminio. Hubo dia en que perdida toda esperanza aquel general Galeana, que por sus altos hechos mereció el renombre de invencible, despojándose de sus vestidos militares en presencia de Morelos, le dijese con voz conronquecida por el llanto.

—General, es forzoso que nos separemos.

—¿Cómo! ¿Podría vd. abandonarme en la adversidad, amigo mio?

—Señor, á vd. lo defiende su saber y su nombre; yo voy á mi pobre casa á ocultar mi vergüenza de no haber muerto en el campo con mis compañeros: vuelvo casi desnudo, y sin mas auxilio que el de Dios: yo no sé ni escribir una letra; pero labraré la tierra con mis manos y ella me sustentará.

—Cuando me llamaba la victoria, compañero, pude vacilar en seguirlo; ahora que me espera la muerte, no dudo, es fuerza ir á su encuentro.

—Eso no, mi general: sígame vd., yo lo obedeceré, lo defenderé, y comeréms un propio pan, hablando de nuestras campañas y de las desgracias de la nacion.

—Vea vd., Galeana, aun tengo esperanzas: debemos continuar nuestros trabajos; si estos fueren inútiles, vd. me admitirá en sus tierras, y las labraré para ganar el sustento.

Interrumpámos este diálogo, que sucesos mas graves, deben ocupar mi pluma.

Es el 5 de Noviembre de 1815: á alguna distancia del pueblo de *Tesmalaca*, se percibe un ejército custodio del congreso de Chilpancingo.

Sus ilustres miembros tocan el término de una dura peregrinacion, en medio de los sobresaltos de la guerra, cambiando de lugar constantemente por la obstinada persecucion de Negrete; impertérritos y unidos en su desgracia, acababan de publicar una constitucion, en que á pesar del juicio acre de Zavala (2), se consignaban nuestros mas preciosos derechos, proclamando la soberania del pueblo.

Al frente de este ejército marcha un hombre á quien todos iban sometidos, que les prodigaba paternales cuidados, y empleaba por ellos su vigilancia personal.

Los archivos, el parque, las mugeres y niños, ocupaban los carros y se dirigian á Tehuacan.

Brillaba el sol con apacible claridad, ondeando sus reflejos en las armas: serian las diez de la mañana; adelantóse el señor Morelos por las lomas á reconocer Tesmalaca, cuando en una barranca lo atacaron los enemigos: empeñóse la accion con su reducida tropa; los fuegos lo bañaban por todos lados en tan desventajosa posicion.

—¡Avancen! ¡Avancen, cazadores! repeta to-

—¡Avancen! ¡Avancen, cazadores! repeta to-

(2) Tom. 1.º, pág. 79.

mando la delantera, y entre una lluvia de balas; pero unos despues de otros caian al tocar un punto dominado por los fuegos enemigos.

—¡Lobato, evite vd. la fuga de esa tropa.

Entonces este gefe comprendió mal el movimiento, y abandonando uno de los flancos se introdujo la mas horrible confusion.

—¡A qué correr! decía Morelos: aquí tenemos un sepulcro al natural.

La tropa se reanimó, el esforzado D. Nicolás Bravo estaba al lado de Morelos.

—¡Viva la América! y cargaron con mayor brío; pero el sitio era tan escabroso y profundo, que parecian á centenares los insurgentes, sin oír ni su clamor de muerte fuera de la barranca.

—Señor Bravo, retírese vd., *vaya á escoltar el congreso, que aunque yo perezca importa poco*.

A pocos momentos de la retirada de Bravo, quedó Morelos con un solo criado; pero aun se defendia con denuedo. Cayó su caballo acribillado de balas; tomó otro de un dragon, diciendo:—“¡Pronto se cansó este caballo, y anduvo bien poco!”

—¡Alto, cobardes! Moriré combatiendo con el mas valiente.

Cesaron los fuegos enemigos. Morelos quiso desembarazarse de las espuelas, echó pié á tierra para pasar por la aspereza. En ese momento le cercaron los realistas al mando de Carranco, cobardes desertor de los americanos.

—¿Cuidado quien dispara al general!

—No lo esperaba de vd., amigo; parece que nos conocemos; y le regaló uno de sus relojes por premio de su accion.

El repique, los cohetes y las dianas publicaron esta prision, mas importante para los españoles que cien victorias.

Cargado de grillos, entre los ultrages de una soldadesca brutal, y en medio del insultante regocijo de un populacho estúpido, atravesó las poblaciones desde Tesmalaca á México, donde el gobierno español, aterrado con su presa inermes, multiplicó sus medidas de seguridad.

El gobierno militar, y esa hiena en traje religioso, cuyo nombre adivina el ódio público, se disputaban la oprobiosa primacia de ser verdugo de un héroe.

El 27 de Septiembre el Santo tribunal, vilipendio de la raza humana, presentó en traje de escarneo al señor Morelos, y le hizo veintitres cargos, escritos por esa mano de tigre que desgarró las entrañas del mundo, y que no quiero reproducir.

El señor Morelos respondió con dulzura, defendiendo la justicia de su causa, vindiendo el nombre insurgente, y desvaneciendo los cargos de herejía que se le hicieron.

Bañados en el deleite de la venganza los inquisidores, oyeron leer su sentencia en voz alta, en que lo condenaban á la pena de deposicion. (1) *á que asistiera á su auto en traje de penitente, con sotanilla sin cuello y vela verde.*

En consecuencia de haber aprobado la causa una junta de teólogos, procedióse á la degradacion.

Allí en un banquillo, frente á un tribunal de panteras, revestido de los sagrados paramentos, con la hiel que derramó el hombre en la solemnidad de estos actos, y con un anatema que forma la tortura de las almas religiosas, fuéronlo despojando uno á uno con calma y satisfaccion infernal de los ornamentos sagrados, hasta llegar el verdugo inícuo á racer sus manos; momento tremendo en que se oyó un gemido ahogado al señor Morelos, y se vieron salir de sus ojos dos lágrimas que sin enjugarse rodaron á su vestido.

Así ultrajado, así esprimida y atormentada su alma por el Santo tribunal, con el dolor de no saborear por mas tiempo una á una sus agonias, lo entregó á la cuchilla militar, que consumió la obra.

¡General Morelos! no faltó á tu existencia para ser heroica, ni la intervencion del *Tribunal inícuo* para quien toda escersion es debil.

Una noche en uno de esos calabozos horribles de la inquisicion, cuando mas atormentado se hallaba por sus penosas circunstancias, sonó la puerta, y no volvió el semblante, porque era frecuente que lo fueran á insultar en su desgracia algunos espáñoles que con tal objeto cohechaban al carcereño.

Pero cuál fué su sorpresa cuando se oyó nombrar con la mayor dulzura.

—Señor, vengo á pedir á vd. un favor.

—¿Cuál es?

—Muy grande, señor: aquí tiene vd. las alhajas de mi muger; esta es la cajita de mis pobres ahorros, señor.

—¿Qué quiere vd. decir con eso?

—El carcereño duerme el sueño de la embriaguez, vd. no tiene grillos, en las puertas no hay centinelas. . . . Sálvese vd., señor, que su vida es el tesoro de mi patria.

Sin poder casi articular palabra Morelos por el llanto del reconocimiento, dijo á su libertador:

—Amigo mio, es muy fácil cosa averiguar que vd. me ha sacado, pues vd. entra y sale por razon de su destino en estas cárceles; vd. tiene familia, y de consiguiente, dentro de poco es perdido con ella.

El cirujano oía, con los ojos rasados de lágrimas, y en medio del mayor desconsuelo. Morelos continuó:—*No permita Dios que yo le*

(1) Bustamante, Cuadro hist. carta 18, pág. 7.

cause el menor daño; déjeme morir, y en mí terminará todo.

La resolución de Morelos fué inflexible, contentóse con que el cirujano le dijese su nombre.

Este con un enojo mezclado de ternura, le dijo abrazándolo:—Francisco Montes de Oca.

Fuó trasladado en medio de la noche el señor Morelos á la Ciudadela, donde permaneció con las seguridades correspondientes, mientras le formaba la causa el señor Batallar, con un siglo extraordinario.

México estaba en un estado de consternación difícil de pintarse: en los templos se decían misas por el alivio de su suerte, y todos corrían en tropel á conocer al caudillo mexicano; desde las puertas y ventanas, los padres alzaban á sus hijos en brazos para que lo viesen; las mugeres no podían reprimir sus lágrimas, y la juventud generosa no se cansaba de admirarlo.

Ni un signo de temor, ni una mirada de abatimiento, ni un solo movimiento de impaciencia; sin hacer alarde de un quiéjotismo pedante, miscera muchas veces de almas apocadas, conversaba afable con los oficiales que lo custodiaban captándose su voluntad (1).

El día 22 de Diciembre de 1815 lo sacaron de su prision, habiendo tomado sus precauciones sobre la salida de las tropas; tan pública así era la ansiedad general por la existencia de Morelos.

Poco mas de una legua de México, en medio de llanuras áridas, y ocultándose entre montes de tierra en que están las salinas, hay un pueblito de indios que se llama San Cristóbal Ecatepec; á él llegó el señor Morelos, y á poco se sirvió la comida que se tenía preparada de antemano.

Los asistentes á la mesa estaban pálidos y desconcertados; mas de un oficial mezclaba á su alimento sus lágrimas.

El señor Morelos hablaba de cosas indiferentes.

—Señor Concha, sabe vd. que esta iglesia no es tan ruin como yo creía. Vamos, coma vd., que el camino abre el apetito.

—Señor, efectivamente, la iglesia es bonita. —Solo el terreno si es demasiado árido; ya se ve, donde yo nací fué en el jardín de la república.

—Me han dicho que es vd. de un pueblito inmediato á Valladolid.

—No señor, nací en la ciudad; pero como desde niño tuve una vida errante, pocas veces he permanecido en Valladolid.

Acabáronse de servir los manjares; algunos dejaron la mesa con precipitación, y unos á

(1) He tenido á la vista para formar esta relación, el Cuadro histórico, de que he tomado mucha parte, é informes de personas fidedignas.

otros se veían en un silencio, que tenia no sé que de pavoroso é imponente.

Pasébase Concha precipitado, llegaba hasta cerca de Morelos y se retiraba arrependido; por fin, con una voz insegura le dijo:

—;Sabe vd. á qué ha venido aquí?

—No, á punto fijo; pero lo presumo... Á morir.

Los oficiales se estremecieron y quedaron pálidos.

—Tómese vd. el tiempo que necesite.

—Compañeros, antes fumaremos un puro, porque esta es mi costumbre.

Fumó de espacio, siguió hablando con calma y dulzura, tal, que los oficiales no se atrevían á levantar los ojos, enjugándolos al descuido.

Encerróse despues con el vicario, y como católico, levantó el alma con fervor al Dios de las misericordias.

En este momento se oyó el redoble.

—Hola, dijo Morelos, á formar... no mortifiquemos mas.

—Vamos señor Concha, venga un abrazo.

—;Señor general!!

—Nada de aligirse: será el último.

Metió despues los brazos en su turca: *¡al fista será mi mortaja! aquí no hay otra.* Sacó en seguida su reloj: empuñó con solemnidad una Cruz, y *marchó.*

—;Qué va vd. á hacer? preguntó al que le iba á vender los ojos. *No hay aquí objetos que me distraigan.*

Los soldados tenían pintado el dolor y la consternación en los semblantes, guardaban un silencio sepulcral.

Insistieron en que se vendase los ojos, lo ejecutó por sí mismo, preguntó con voz enérgica por el lugar... dijéronle:—adelante.

—Fuego.

Tronó la descarga, y con horribles convulsiones se quiso levantar: entonces dispararon una segunda, azotóse el cuerpo trémulo en un lago de sangre; despues lanzó un gemido penetrante y horrible, y quedó inmóvil.

GUILLEMO PRIETO.

Por no dejar truncó el artículo titulado: "Escenas de la vida del general Morelos," consta este cuaderno de cinco pliegos; tanto mas, cuanto que celebrándose en este mes tantos recuerdos de nuestra gloriosa libertad, nos persuadimos que acogerian con agrado nuestros lectores un artículo semejante, que va acompañado de un retrato del Sr. Morelos.

En el número siguiente insertaremos una noticia que se sirvió remitirnos el Sr. Lic. D. Carlos Bustamante, de las acciones en que se halló el espartado Sr. Morelos, y asimismo publicaremos un retrato del Sr. cura Hidalgo, acompañado de su respectivo artículo. Tampoco nos fue dado publicar, por falta de lugar, el Boletín semanario; pero lo haremos en el próximo número, dando noticia de las funciones que haya en el 11 de Septiembre, aniversario de la accion de Tampico.

HISTORIA NATURAL.

EL CENZONTELE.

CANORO trovador de las florestas: cuando en la soledad silbas de amor y trinas con ternura, las aves enmudecen para escuchar absortas tus cantares; porque es dulce tu voz como los tonos de la colina, sonora como el harpa de los poetas. La naturaleza dió á otros pájaros formas hermosas y espléndidos plumajes; á tí, la melodía, una armónica voz y acentos filarmónicos para cantar gozoso entre las selvas.

Bardo alado de México: tú no envidias al ruiseñor sus suaves trinos, ni al gilguero su meliflúo gorgéjo, ni al canario sus dulces silbos; porque tú imitas el canto de todas las aves, y la voz de los animales salvages, las canciones humanas, y esos murmullos de la naturaleza, spacibles y misteriosos, que aun no tienen un nombre entre los hombres. Y cuando imitas con tu canto todos estos sonidos, tu garganta descebile los hace melodiosos. Eres salvaje y libre, y vives en la soledad como los poetas. Allí mezclas tus cánticos de amor con el bramido del huracan, con el estruendo de las cascadas y torrentes, con el gemido del viento, con el rumor ligero de los céfros, con el estallido de la tempestad, con el leve susurro de la noche: cuando el sol de las flores derrama su vivífico ardor sobre la tierra, sales de la umbría selva, y tí el primero entre los pájaros cantores, saludas á la bella estacion con dulces himnos. En los primeros dias de la primavera silbas con suavidad, imitando el murmullo de las fuentes; y tu armoniosa voz se desliza por tu garganta, fugáz y rápida, como el manantial que corre entre los murgos. Despues de estos silbidos pías con dulzura, como los pajarrillos, que implumes todavía, comienzan á cantar entre sus nidos. Inspirado por el amor, lleno de afectos voluptuosos, diviertes á tu amada, modulando tu acento melodioso, variando á cada instante tus métricos cantares. Ya se eleva tu voz aguda y armoniosa, sofocando todos los cantos de la selva; ya se escuchala sonora como el acento con que vibran las cuerdas de una lira; ya piana y melodiosa como

los tonos de una flauta, desfalece lánguida y suave como un gemido de amor, como un suspiro, para elevarse á poco meliflúo y cadencioso, pasando por variadas inflecciones. Sigue á tu canto un poético silencio, y cuando crees jó pájaro canoro! haber agotado todas las armonías que te inspiró el amor, te distraes, imitando con grata entonacion todas las voces de la naturaleza, todos los cantos de la soledad, y todos sus rumores misteriosos. Silbas como los tordos y los mirlos; cantas con argentina voz, como el gallo que anuncia la alborada; maullas como el gato montés que anida entre las breñas; ladras como el lebrek; trinas como el gorrion, y pías como el polluelo; chillas como el águila y el halcon, graznas como los ánsares del lago, aullas como el coyote; das á tu voz una entonacion grave para imitar al buho y á la lechuzca solitaria; zumbas como el radiante colibrí, chiflas como el meliflúo cuitlacoche, y con modulacion mas lánguida y mas suave, repites los arrullos de amor, los flebilms murmullos con que gimen las tórtolas del bosque.

Así pasa, en los dias de tus placeres, tu poética existencia; es una vida de inspiracion, de amor y de ternura, durante la que saboreas todas las armonías y murmullos en todos los idiomas palabras afectuosas. No hay entonces para tí otro deleite que el de amar, ni otra ocupacion que el canto de amor, ni otra pena que la melancolía que aquel afecto infunde aun á las aves, y que disipas tí silbando vocinglero entre la selva. No hay reposo para tí, porque entonas tus cantos armoniosos desde que el sol baña en la luz del alba su rúbia cabellera, hasta que apaga su fulgor en el ocaso; y vuelves á cantar desde que centellea en el cielo como un diamante la estrella vespertina, hasta que la noche recoge susurando sus alas tenebrosas. Pocos instantes, durante el dia, callas para respirar y para gozar en la soledad deleites amorosos. Tú saludas á la noche sombría, silbando canoro cuando todas las aves están enmudecidas; entonas á

(*) Mr. Buffon no conoció al cenzone ni al cuitlacoche, sino por las descripciones de Hernandez, y por los diseños imperfectos de otros viajeros; no obstante, describió estas aves bajo el nombre de *Moqueos*, dando á sus descripciones el encanto y esplendor que admiramos en todos sus escritos. Esperamos poder publicar en esta miscelánea, dos diseños de aquellas aves mucho mas exactos que los que aparecen en la Historia natural del conde de Buffon. Se puede ver una descripcion del cenzone, hermosa y muy exacta, en el *Mosico Mexicano*.—L. R.

la luna himnos sonoros y llenos de armonía, interrumpidos con flautados górgeos; con suaves arrullos y con silbios melodiosos; das entonces á tu voz musical una entonación tan lánguida, y á tu canto cadencias tan armónicas, que el ángel de la noche suspira al escucharte. Verdaderamente estás inspirado entonces por un espíritu, porque hay en tu voz algo de angelical y de divino. Pocos instantes duermes meciéndote en tu nido, y todavía interrumpes de cuando en cuando tu fugaz ensueño con un dulce górgeo, con el preludio de un nuevo canto que los delirios del sueño te inspiraron.

No cantas solo por instinto como otras aves, sino que te deleitas tus propias armonías, y al escucharlas saldas de contento, vuelas, giras, te estremeces de gozo, y trémulo y ardiente agitas voluptuosamente tus alas cienáticas. Llega, en fin, la estación en que te despojas de tu pardo plumaje, y entonces enmudeces, arrancas con el pico tus suaves plumas, te escondes en la espesura de los bosques, y te aleargas meciéndote en las ramas. Estás entonces triste, como el poeta que ya no tiene inspiraciones, silencioso como la lira que los bardos de Israel colgaron de los sauces de Babilonia para que nadie pulsase en el desierto sus cuerdas armoniosas.

Reducido á cautiverio por el hombre, le deleitas con tu armonía, y suavizas con melodiosa voz las penas de su vida. Desfállece tu corazón en este cautiverio, y te adormeces como en los días de muda; mas pronto te consuelas, porque hallas en la domesticidad armonías mas encantadoras que las que oías entre la selva; porque el acento de la muger que te acaricia es tambien sonoro como tu voz, melodioso como tus amorosos górgeos, suave como el chifrido con que enseñas el canto á tus polluelos. Tu existencia salvaje era una vida de amor y de placeres, de esperanzas y deleites. Tu existencia doméstica es una vida de ilusiones, y de tiernas y poéticas memorias: saboreas en ella el encanto de la melancolía, sus brillantes delirios, sus gratas ilusiones. Oyes de noche las serenatas que canta el trovador; oyes vibrar las cuerdas de su lira con célicas melodías, y recoges luego en tu corazón aquella armonía, y palpita tu pecho de amorosos recuerdos agitado. Los acentos del piano y de la flauta, y la vihuela llevan tambien á tu alma torrentes de armonía, que la inundan en plácidas delicias; pero te engañas con inefable placer cuando la voz de la muger hace resonar en tus oídos una canción de amor; cuando mezcla á sus tiernas modulaciones suspiros y sollozos; cuando interrumpe por un instante su angelical concento para gemir, para enjugar alguna lágrima; cuando comunica, en fin, á su meliflua entonación aquel estremecimiento voluptuoso con que su corazón palpita eternamente.

... Interrumpes entonces el silencio de la beldad, cantor de las florestas del Anáhuac, y silbas las canciones de Rossini; repetidas por tu voz las arias de Bellini son mas melancólicas y mas encantadoras: eres un poeta que traduce á su idioma las trovas de otro poeta, y que emite quece sus cantares con nuevas armonías.

Si te escapabas alguna vez del cautiverio y vuelvas á los bosques, ¡con qué grata sorpresa escucharán los pájaros salvajes, los acentos armoniosos de Norma, y tantas canciones de amor y de ternura, que aprendiste viviendo entre los hombres! Alóntitas te oirán todas las aves, porque la música es el lenguaje armonioso de las pasiones, y solo el hombre que tiene inteligencia puede recoger en su corazón todas las voces de la naturaleza, todos los sonidos del viento, todos los rumores de la soledad, y coordinarlos con armonía, y hacerlos melodiosos.

Conzonte encantador: he estudiado en la soledad la vida de las aves que pueblan nuestros bosques, de los que habitan en las riberas de nuestros ríos, de las que nadan en nuestros lagos, magníficos y bellos, y de aquellas que vienen á nuestro país de climas muy lejanos, que habitan aquí como forasteras, y que emigran, dejando con pesar un suelo tan hermoso. Al primer destello de la alborada, he sorprendido á la águila que dormía sobre una peña, con su cabeza oculta bajo una ala. Al salir el lucero matutino, he visto á la garza que se mecía en las ramas de un sauz, y que levantaba su hermoso cuello para ver si la luz que aparecía era el albor de la mañana, ó el incierto fulgor de alguna estrella. He visto en Chapala al hermoso pelicano del lago, que se desesperaba y batía sus alas, porque las ondas se habían enrojecido, y la aurora doraba los celages, y cubría el horizonte de oro y nácar. He visto al chaparrón fabricar su nido de musgo entre el rosál, girar radiante como un pajarillo de oro y de esmeralda, reposar despues para empollar sus huercillos; volar medroso radiando como un prisma, y volver á su nido cubriéndolo con alas refulgentes; y por defender aquel tesoro ha estado inmóvil y trémulo, hasta que yo lo he tomado con mi mano. He visto cómo al soplo del viento se mecía la alondra en su nido de heno, que oscilaba como una hamaca, cuando la luna se mecía tambien en el cielo, asomando su frente entre las nubes. Al resplandor del astro melancólico, cuando el aliento de las auras perfumaba las selvas silenciosas, he visto al pájaro-carpintero, que dormía en la oquedad de un árbol carcomido; he silbado como el halcón al acercarme al nido, y la avecilla ha chillado de horror, y trémula, azorada, ha cubierto sus huercillos con sus alas color de rosa, y los ha ocultado con timidez bajo sus plumas. A la media noche he

BOTÁNICA.

asaltado en su nido de abrojos al cuilaecoche que silba para anunciar los huracanes, he llevado conmigo el nido y sus desnudos pajarillos; las avecillas han ido á la jaula á darles de comer; y yo entro tanto admiraba la rara prevision con que construyen estos pájaros sus nidos; los tapan en lo interior de plumas suaves, para que reposen sobre ellas sus polluelos, y los cubren en lo exterior de zarzas y de abrojos, para que la zorra y el ardillón se espinen al tocarlos. He admirado el hermoso nido del mensajero, construido con simetría, y con asombrosa inteligencia. Al ponerse el sol he visto en Chapultepec, á ese pájaro que sale de la espesura de aquel bosque magnífico, á la hora del crepúsculo, y que vuela entre los rayos de oro y grana, entre las ráfagas antedadas y entre la luz que cae como una lluvia de oro sobre los ahuehetes gigantes. He oído en la soledad esas armonías encantadoras, esas voces melodiosas y suaves, esos cantos sonoros y cadenciosos, esa sinfonía deliciosa con que las aves desahogan su ternura; y á pesar del entusiasmo que han encendido en mi alma estas bellezas, he cazado á los pájaros canoros, y á las aves de espléndido plumaje; ó los he cautivado, ó los he herido; pero cuando he visto ¡oh pájaro armonioso! no he dirigido mis tiros contra tí, porque hay en tu voz algo de poético y sublime, que trasporta á nuestra alma y la embelasa; hay en tu canto inspiración, y este don de Dios hace gozar al hombre delicias inefables.

Ave armoniosa y poética, yo te amo cuando interrumpes mi sueño con tu flautada voz, cuando entretienes mis ardientes vigiliás con tus dulces arpegios, interrumpidos con pausas melancólicas. Cuando en el templo ha resonado el órgano con sus cien voces magestuosas, cuando el eco sonoro de estas voces se pierde entre las cúpulas sombrías, yo te veo volar en tu jaula de oro y de ébano, y te distingo cuando saltas festivo entre las nubes del incienso, y entre los rayos del crepúsculo. Interrumpes entonces el silencio de la oración con angelica melodía, y trasporta nuestra alma de delicia, no sabemos si oímos tu voz, ó el himno de un arcángel.

Tambien, como á los poetas, te inspiran los sepulcros silenciosos, y volando de noche entre las tumbas, cantas con lánguida armonía, como si tambien para tí hubiese allí, como para los hombres, tiernas memorias, recuerdos dolorosos y tristes predicciones. Bendigatel Señor, ave canora, porque así entonas con triste melodía, el himno de los muertos; porque das entonces á tus tonos tan dulce afinación; porque recreas con los dolientes trinos á los que allí reposan con el letargo de la muerte; tambien ellos tienen como los que aun vivimos, dulces memorias, recuerdos afectuosos, y tiernas esperanzas.—L. R.

Sres. redactores del Museo Mexicano.—Puebla, Agosto 29 de 1843.—Muy señores míos: En el núm. 5 del 29 tomo del apreciable periódico que vdes. redactan, he leído un artículo sobre botánica, escrito por el recomendable señor Despreaux, y habiéndome parecido notar algunos errores, que ya sean provenientes de la celebridad con que se concibió ó escribió dicho artículo, ya de cualquiera otro motivo, influyen mucho en la ciencia, por tocar á algunos puntos fundamentales de ella: voy á tomarme la libertad de indicar las faltas que he creído encontrar, protestando, tanto á vdes. cuanto al señor Despreaux, que solo el amor á la verdad y á las ciencias me obliga á escribir esto: procedo, pues, á hacer mi manifestación.

En el citado número, pág. 112, se lee.—"Primera division. (*Phanerogamas* ó *Dicotyledonas*). Plantas en que todas las partes de la flor son visibles y bienconocidas." Aquí me parece hallar la primera falta: las plantas *dicotyledonas* no son las únicas que tienen todas las partes de la flor visibles y bien conocidas; tambien las *monocotyledonas* tienen esta circunstancia, razon porque es un error hacer sinónimas las palabras *phanerogamas*, *dicotyledonas*, cuando la primera abraza en su significación todas las plantas cotiledonadas, aun cuando solo tenga uno; y este error el mismo señor Despreaux lo contradice en uno de los párrafos siguientes, al hacer la division de la *phanerogamas* en mono, dico, y acotiledonadas; y aquí al ver enmendada una falta, notamos otra: las *phanerogamas* nunca han comprendido á las acotiledonadas, que precisamente son las únicas que forman la otra de las dos clases en que se dividen los vegetales; es decir, la *Cryptogama* de Linnéo, ó *Agamia* de Jussieu. En el mismo hecho de ser una planta cotiledonada es *phanerogama*: de modo que son sinónimos, *phanerogama*, cotiledonada, *criptógama*, acotiledonada; mas nunca serán sinónimas las palabras que como tales pone el señor Despreaux, puesto que los vegetales que comprende la segunda no son los únicos que forman la clase que espresa la primera.

En la misma columna, en uno de los párrafos siguientes, al hacer la descripción de los órganos sexuales, pone como partes integrantes de ellos, tanto el filamento en la antera como el estilo en el pistilo; y esto tampoco es exacto, porque existen muchas anteras que están inmediatamente insertas en la corola ó cualquiera otra parte de la flor, así como hay tambien muchos estigmas que sin tener un estilo estubo insertos al ovario; es cierto que existe un conducto entre el estigma y el ovario; mas para esto no es necesario que haya estilo ni filamento. No insisto mas en estos hechos por ser tan conocidos

aun de aquellos que poseen superficialmente la ciencia: solo si, para concluir diré algo sobre las diferencias que separan los animales de los vegetales: esta es una cuestión muy difícil; mas no tanto que no se puedan distinguir muy bien estas dos clases de seres, aunque el señor Despreaux parece que se empeña en confundirlos.

Yo convengo con Pitágoras y con el mismo señor Despreaux, en que *omnia ex uno*; mas nunca convendré en que *omnia sint unum*: que todos los seres tienen un origen común, y que todos están formados de los mismos elementos ó cuerpos simples de la naturaleza, es evidente; mas no se infiere de aquí que todos los seres sean iguales: es cierto que en la gran cadena de los seres, los mas contiguos se confunden; pero los que no están tocándose se diferencian muy bien unos de otros, tanto que el hombre puede percibir sus diferencias; y si esto no fuera, ¿en qué fundar esas clasificaciones? ¿De dónde sacar esos caracteres genéricos, que son el fundamento de las ciencias naturales? Luego es necesario que haya, y en efecto la naturaleza ha establecido diferencias, para que el hombre pueda conocer colectivamente todos los seres, ya que la poca capacidad de su alma no le permite conocerlos en particular: vamos, pues, á ver si hallamos estas diferencias entre los reinos vegetal y animal.

No ha faltado autor (*) que con tanto ingenio como tino, haya clasificado los seres naturales de esta manera: "Los minerales no tienen ni vasos ni nervios; los vegetales tienen vasos y no nervios; los animales tienen vasos y nervios." Confieso que esta es la clasificación que mas me satisface; pero como se encuentran vegetales que tienen alguna contractibilidad, y por lo mismo les cree provistos de nervios, y no faltan animales que por carecer de movimiento y sensibilidad, se les cree privados de ellos; aunque estos hechos son aislados, que solo prueban la confusión en que vive el hombre, no me detendré en probar que este es el mejor sistema; solo me contentaré con haber indicado una diferencia; pasemos á buscar otra.

La mayor parte de los autores dicen: los animales se mueven, mudan de lugar; los vegetales están siempre fijos en un mismo: esta diferencia también me parece muy notable. El cierto que se citan algunas plantas que parecen moverse de un lugar, y algunos animales que siempre están fijos en el mismo; pero en primer lugar sería necesario probar que es verdadera locomoción la de los vegetales; y en segundo, de

(1) D. Miguel Barnades en sus "Principios de Botánica sacados de los mejores escritores &c." edición de Madrid, 1767 pág. 46. Y ya que he citado este autor, no olvidaré á mi buen maestro el Sr. D. Mariano Cal, hombre recomendable por su erudición y sabiduría, á quien debo muchos conocimientos en Botánica,

hechos raros que se observan en pocos individuos, no puede sacarse una regla general: luego bien podemos tomar de aquí otra diferencia. ¿En cuántos vegetales encontramos un verdadero aparato locomotor? ¿Y en cuántos animales dejamos de encontrarlo? En pocos, muy pocos. El hecho con que el señor Despreaux y otros han querido atestiguar la locomoción de los vegetales, nada prueba; porque aunque la misma planta *in genere* varie de lugar, no es un mismo individuo, pues los que aparecen sucesivamente en otros lugares, son nuevas plantas que han desarrollado los tubérculos, que siendo producción de otros, no pueden ocupar el mismo lugar de la planta, cuyo tubérculo ó raíz les dió el ser.

Todos los seres están formados de una misma materia común, modificada de diversas maneras; ¿pero no podremos encontrar alguna diferencia en estas mismas modificaciones? ¿Cuál es la base de composición de los vegetales? ¿Cuál es el cuerpo que hallamos en sus hojas, en sus ramas, en sus raíces, en la mayor parte de sus órganos? El carbon. Y en los animales, ¿qué elemento hallamos en todos sus tejidos, sirviendo también de base de composición? El azúcar. Este otro hecho, reconocido de todos los químicos, es uno de los mas preciosos y que aclaran mas la cuestión.

Otras muchas diferencias pudieran también establecerse, considerando otros caracteres particulares de unos y otros seres; pero para manifestar cuán diversos son estos grupos, pareceme que basta lo dicho, de lo cual podemos inferir sin ninguna violencia, que

<i>Los vegetales</i>	<i>Los animales</i>
no tienen nervios,	tienen nervios,
no sienten,	sienten,
no mudan de lugar,	mudan de lugar,
tienen el carbon por base de composición.	tienen el azúcar por base de composición.

Y podemos decir que no hay diferencias que distingan unos seres de otros! diremos únicamente lo que tantos otros han dicho ya, que las diversas series de las cosas creadas, al tocarse por sus estremidades se confunden.

He insistido en esta cuestión, no tanto por contrariar la opinión del Sr. Despreaux, que por otra parte no niega absolutamente estas diferencias, y solo descuida el apuntarlas, cuanto por decir algo sobre esta preciosísima é intrínseca cuestión, contribuyendo en lo que pueda al loable fin que se han propuesto los Sres. redactores del Museo.

Muy agradecido quedará á estos Sres. si simulando las faltas, se dignan dar lugar en las páginas de su apreciable periódico, á éste y otros artículos que con mucho gusto les remitiré su afecísimo servidor Q. SS. MM. B.—*Fernando Orozco y Berra.*

LITERATURA.

LAS ORACIONES.

¡REINA del Anáhuac, con qué grandeza Alzas al cielo tu sublime frente, Cuando corona el sol desde Occidente Con sus últimos rayos tu cabeza!

Entre el blanco vapor de niebla pura Relumbra tu veletas elevadas, Como joyas brillantes y preciadadas Que engalanan tu rica vestidura.

De tosca piedra desde el duro asiento Te contemplo á lo lejos embebido, Mientras de insecto vil suena en mi oído El rumor triste al suspirar del viento.

Bañan mi faz los tibios resplandores Del astro rey que tras los montes arde, Y respiro en la brisa de la tarde El suavisimo aroma de las flores.

De cementerio triste y silencioso Canta una ave en el muro solitario, Y en el álamo sombrío y lúgubre Responde con murmullo misterioso.

El cuervo con monótono graznido Hácia el Fresno elevado ansioso vuela, Y la doliente tórtola revela Su penar con arrullo dolorido.

Mas de repente, trémulo se eleva De la ciudad, un cántico sublime, Que con acento religioso gime, Que la oración del hombre, hasta Dios lleva.

Todo enmudece. . . . Son las oraciones Plegaria melancólica y divina; Parece que la estrella vespertina Se estremee, á las graves vibraciones.

¡Dios de la inmensidad! también yo entono Débil acción de gracias con fe intensa, A par del himno que con voz inmensa Eleva la creación ante tu trono.

Yo, mezquino mortal, también te imploro A ti, á quien mi gemido no importuna, A ti, que velas hora de la luna La frente virginal con gasa de oro.

¡Las oraciones son! En un instante Cambió la escena que admiraba mudo: ¡Lámpara de la noche! te saludo; ¡Salve mil veces, astro rutilante!

Mas el himno espiró; ya su armonía Ansioso quiere repetir en vano El eco sordo con rumor lejano, Del bosque espeso en la estension sombría.

Cesaron los dulcísimos conciertos Que entre las tumbas graves resonaban, Que con soplo vivifico animaban Las heladas cenizas de los muertos.

Tal vez un hijo, arrodillado ahora, Y una urna entre sus brazos estrechando, Repite una y mil veces sollozando El nombre de la madre á quien adora.

¡Hijo dichoso! tu tesoro cuida, Enciérralo en tu pecho, en tus entrañas; Esas cenizas que con llanto bañas, Son mas que el mundo todo, son . . . tu vida.

Mas yo, madre de mi alma! yo el veneno Del dolor, lento apuro en copa odiosa, Y no me es dado orar sobre tu losa, Ni tu polvo apretar contra mi seno.

Yo, en la tierra cansado peregrino, Sin tu sombra amorosa que me abrigue, Ni encuentro fuente que mi sed mitigue, Ni hallo una flor sembrada en mi camino.

Ven, pues, á consolarme, sí, descendiendo De la mansion eterna donde moras, Desplegando tus alas brilladoras, Tu vuelo de ángel por el éter tiende.

Adormirás con grata melodía A tu hijo, que vela al son del llanto; Abrazados los dos, en amor santo Confundirás tu alma con la mía.

Y tal vez, de la cárcel solitaria De un vano busero apesadecida calma, Un día volará contigo mi alma, Al sonar de la tarde la plegaria.

Agosto 29 de 1843.—JUAN N. NAVARRO.

HISTORIA NACIONAL.

LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA LIBERTAD MEXICANA.

Hace algunos años que por primera vez pasé por el pueblo de Dolores. Era para mí un nombre mágico que había escuchado cuando era muy niño, y que me despertaba las dormidas memorias de narraciones de batallas, de acciones heroicas de nuestros caudillos nacionales: memorias tiernas y agradables que se graban en la mente y en el corazón, con todo el brillante colorido y la poesía que acompaña á los mas insulsos cuentos que se escuchan en los primeros dias de la vida.

Cuatro años despues pasé otra vez por Dolores. La misma calma, la misma soledad en el pueblo, las mismas apacibles huertas sombreadas con abundantes viñedos, las mismas torres delgadas, graciosas. Nada había cambiado.

Dolores es un pueblo perteneciente al Departamento de Guanajuato, situado en uno de esos fértiles valles de la cordillera, con algunas casas aseadas y de buena arquitectura; pero tiene un tinte de melancolía indefinible. Un pueblo donde tuvo su origen la libertad, un pueblo donde tantos años vivió oscuro el grande hombre de nuestra independencia, sin un monumento que lo adorne, sin una poblacion que lo engrandezca, sin un porvenir que lo aliente, es un espectáculo triste y desconsolador, que casi mueve á compasion.

Allá en el silencio de una huerta, debajo de la sombra de una higuera, en la orilla de un tranquilo y trasparente arroyo, se presentaron á mi imaginacion, confusos, aglomerados, é indescrribibles, los recuerdos de los primeros tiempos de la libertad mexicana. En este lugar solitario medité sus planes grandiosos un cura aislado, pobre y oscuro: bajo las bóvedas de la modesta iglesia resonaron los débiles ecos de los buenos mexicanos que rogaban al Señor hiciese triunfar la causa de la libertad: en la pequeña plaza, en las estrechas calles se atrevieron los ciudadanos á proclamar sus derechos: en Dolores, en fin, despertó el pueblo de un sopor de trescientos años, y se desbordó por la república como un rio de lava, llevando por delante el terror que hacía temblar á sus opresores, en el centro el hierro y el fuego que los anquilaba, y en pos de sí el olvido y el generoso perdon que ha-

bia de sancionarse cuando el tiempo borrara la sangre derramada en los campos de batalla.

Cuando se contemplan detenidamente estas trasformaciones súbitas y momentáneas que experimentan los pueblos; cuando se ve patentemente que á pesar de las insuperables barreras que oponen la maldad y espíritu altanero de algunos hombres, se realizan irremisiblemente las ardientes aspiraciones de los pueblos por la libertad, se ve uno tentado á creer que la causa de la libertad es la causa de Dios. Y no puede esto menos de ser cierto: esos campos de rosas, esas seimenteras de granos, esos rios someros y apacibles que fertilizan la tierra, esas montañas en cuyo centro se crian en el silencio y las tinieblas los mas preciosos metales; en fin, esa armonía prodigiosa del universo, está criada para regalo de todos los hombres indistintamente, y no para que sirva de patrimonio á unos pocos. Hé aqui lo que los pueblos conocen, cuando rompiendo sus cadenas remontan hasta los cielos su vuelo de águila, para caer despues sobre los tiranos y reconquistar los derechos que el Autor del universo les concedió al echarlos al mundo.

La imaginacion me trasportó á esos tiempos sangrientos á la vez que gloriosos, y me puso delante de los ojos una inmensa tela ensangrentada, donde sin embargo descubria algunas páginas brillantes y puras, que el génio mexicano deberia conservar eternamente en su trágica historia.

Era la noche del 15 de Septiembre de 1810. Los habitantes del pueblo de Dolores descansaban tranquilos y descuidados en brazos del sueño. Nada parecia turbar la monotonía no interrumpida durante doscientos y pico de años. Se observaba, sin embargo una que otra ventana ó puerta iluminada; pero poco á poco fueron estinguíendose las luces, los perros se echaron á reposar, y todo quedó oscuro y silencioso, excepto el pequeño postigo de una casa situada en una calle prócsima á la iglesia, donde se percibia la tenue claridad de una bujía.

El cuarto ó alcoba de donde salía la luz, era de un tamaño regular, y adornado de una manera, que en los tiempos de que vamos hablando,



Mig. Hidalgo